

Ruta de navegación de la universidad en el capitalismo contemporáneo

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Durante más de ocho siglos, al menos si se tienen como referencias a Salamanca (1218), París (1208), Bolonia (1088) y Oxford (1096), la universidad se ha considerado como la institución generadora y difusora del conocimiento. Pero desde la década de 1980 el fenómeno de la globalización del capitalismo y la mundialización cultural trajeron consigo, entre otros efectos, la relocalización de la investigación científica de las universidades hacia ámbitos extrauniversitarios, en especial al complejo industrial cultural-científico-tecnológico, como pueden ser los parques científicos-industriales de Silicon Valley en Estados Unidos o el parque científico e industrial de Hsinchu en Taiwán, que se convirtió en centro generador de los nuevos conocimientos, con soportes financieros especializados y enormes subvenciones estatales, aunque esa labor formalmente seguía siendo atribuida al mundo de la educación superior.

En los tiempos de las colonias americanas había, cuando menos, 23 universidades, 3 de las cuales estaban en México. El cometido de estas instituciones era formar a la élite dirigente y al funcionariado que administraba las colonias. Luego de la independencia e instauración de las repúblicas se configuraron las instituciones de educación superior (IES), que correspondían a las directrices políticas y tecnológicas propias de la primera y la segunda revolución industriales. La traslación de las IES al paradigma del sistema industrial maquinístico significó la adopción de los cánones de la modernización capitalista encarnados en la ciencia, el modo de producción capitalista y la episteme liberal democrática. Desde las periferias se ensayó la crítica del nuevo orden a fin de cuestionar la nueva institucionalidad.

La tercera revolución industrial irrumpió en la década de 1970; no obstante, las universidades, a lo sumo, asumieron esta oleada como una era de innovación en el ámbito de la informática y el entretenimiento digital, sin actualizar los objetivos del aprendizaje y los fundamentos teórico-conceptuales, y manteniendo las estructuras y métodos del saber, además de que se recurría a los contenidos referentes al pasado, los métodos de enseñanzas y el sistema pedagógico que habían sido heredados de la etapa independentista, cuando se instauró la forma de la IES. El pensamiento crítico o alternativo se ocupó en elaborar teorías y argumentaciones que imaginaban otra sociedad, otro mundo posible, desde el ámbito de lo político-ideológico, económico y social, pero desde un punto de partida que se situaba, todavía, en los preceptos teórico-conceptuales de las dos primeras oleadas de las revoluciones industriales.

En la feria de tecnología industrial de Hannover, en 2011, se lanzó la idea de la cuarta revolución industrial y su prototipo, la denominada Industria 4.0. Al respecto, se planteó que la tercera década del siglo XXI sería el momento oportuno para impulsar un nuevo ciclo de innovación que impactara el modo de producción capitalista a escala global, además de sus formas de gobernabilidad, las relaciones sociales y la configuración científico-tecnológica.

Con todo, sería la crisis global detonada por la pandemia de covid-19 (2020-2022) la que sería un ensayo general para su lanzamiento mundial y la adopción de sus fundamentos que se impondrían, paulatinamente, en la etapa pospandémica, a efecto de imprimir nuevo vigor al alicaído ciclo industrial a escala mundial.

La universidad venía siendo el centro de producción y difusión del conocimiento, sin embargo, el fenómeno de la globalización capitalista y el influjo de la tercera revolución industrial generaron un efecto de deslocalización al trasladar esa función de la universidad al complejo industrial-cultural-científico, uno de cuyos ejemplos más notables ha sido Silicon Valley, un área donde se concentran empresas emergentes y globales de las nuevas tecnologías, instituciones tecnológicas y bancos.

Durante la mayor parte de la historia la ciencia y la tecnología se habían desarrollado a un ritmo lento; en las últimas décadas, el ritmo vertiginoso de los cambios en la esfera científico-tecnológica parece ser mil veces más rápido que en las décadas y siglos previos. Empero, las universidades se mueven, en términos comparativos, a un ritmo insólitamente lento. Es posible que, por ejemplo, en estas esferas del conocimiento se dediquen años o décadas para estudiar con calma los cambios actuales y que además se dediquen otros bloques de tiempo semejantes para adaptarse a la nueva realidad. La reacción es tardía y desfasada.

La universidad ha estado sujeta a un incesante cuestionamiento sobre su pertinencia y calidad. El desfase y la disfuncionalidad de las universidades y en general de las IES ha sido registrado por sus críticos, particularmente de las clases dominantes, entendido también por los sectores populares, que no cifran mayores esperanzas en la carrera universitaria para afrontar los desafíos sociales, económicos y políticos. De un modo impasible, en el mundo académico ha persistido un dejo de indiferencia o demora para aceptar los cambios, estudiarlos y actuar en consecuencia.

Frente a la gran aceleración de la innovación y el conocimiento es indispensable formar equipos de investigadores inter y transdisciplinarios que desarrollen la capacidad de pensar desde el presente y futuro, los cambios del mundo y la necesaria reconfiguración de la universidad, a riesgo de perecer o caer en la irrelevancia. El desafío es colocarse epistémicamente dentro del ojo del huracán, donde se perciben y procesan los cambios más significativos. Lejos de asumir una postura de pitonisos, o de moverse en la incertidumbre de la futurología, se trata de establecer un nexo cierto entre los cambios que se están operando en el mundo de las ciencias, las innovaciones tecnológicas, la configuración de la industria y el mundo laboral con el trabajo académico. Se trata de establecer una agenda estratégica propia para impulsar una política universitaria de nuevo tipo, donde se contemplen los desafíos del presente y se vislumbre un horizonte de mediano y largo plazo. En un ejercicio de planeación estratégica esto amerita fijar metas e

indicadores anuales y multianuales, sujetos a correcciones y enmiendas en el camino.

Inevitablemente, el desafío mayor de las universidades es ubicarse y definirse en el marco de los cambios en el conocimiento y la innovación que se han impuesto al fragor de la tercera revolución científico-tecnológica y de los cambios en ciernes que se están imprimiendo desde la cuarta revolución industrial, muchos de los cuales fueron catapultados por la forma de gestionar la crisis de la pandemia de covid-19.

En aras de impulsar una transformación social sustantiva la universidad puede asumir la forma de un intelectual colectivo, no en el sentido de un partido político, dado que en su seno se alberga la pluralidad, sino en el sentido de posibilitar el concurso de la inteligencia colectiva universitaria, perfilado por el trabajo complejo interdisciplinario acerca de problemas estratégicos y complejos, a fin de servir a la sociedad, y con ello fortalecer el compromiso social de las universidades.

Un precepto histórico de la universidad ha sido el vínculo social emanado de los movimientos reformistas, desde la rebelión de Cusco (1814) y la reforma de Córdoba (1818), y de los sucesivos movimientos de reformas universitarias en diversos países de América Latina y el Caribe. Este fundamento caería en un letargo con la contrarreforma neoliberal. No obstante, el imaginario colectivo de la universidad ha estado impregnado por el compromiso de transformar la sociedad, más allá de las volteretas de la alternancia electoral, en pos de un cambio radical.

Las revoluciones industriales, que han marcado los grandes procesos de transformación, han dejado a enormes contingentes sociales en las afueras. La segunda revolución industrial excluyó a más de mil 300 millones de seres humanos, en tanto que concentró la riqueza en 1% de la población y a 99% restante lo habría expuesto a distintas formas de exclusión. La más reciente, la cuarta revolución industrial, supone abrir un nuevo ciclo de exclusión para más de 5 mil millones de personas, que serán afectadas en sus modos de vida y trabajo y de los posibles beneficios de esta etapa de desarrollo, que se anuncia promisorio en lo tecnológico, aunque devastadora en términos sociales. A la vez, redoblará el proceso de concentración de capital y el poder político estatal.

El ensayo general de una reforma universitaria, inclusive de una que lograra un cambio radical de la universidad, que hiciera cambios estructurales que logren mejoras cognitivas, paradigmáticas y funcionales, sería inconclusa, sino es que estéril, si no tiene vínculos ciertos con un proceso de cambio social sustantivo.

La ruta de transformación de una entidad universitaria es de un proceso de largo aliento, una forma de aprendizaje colectivo en la que los docentes, estudiantes, investigadores y el entramado institucional en su conjunto pueden aprender de forma más contundente no bajo el apremio de la imposición sino al ser partícipes de un proyecto en construcción. En esa ruta se remueven las certezas, preconcepciones y hábitos, a la vez que se habilitan ideas, prototipos y visiones acordes a los nuevos desafíos.

En una ruta de transformación cabe la posibilidad de crear una universidad con carácter experimental o prototípica que tenga la misión de anticipar y modelar un diseño y funcionamiento institucional acorde a los desafíos por venir. También cabe la posibilidad de que en las universidades existentes se experimenten procesos de reforma integral con miras a ese cometido o que se generen nuevos espacios dentro de ellas con ese propósito, y a partir de esos nodos recrear la nueva institucionalidad universitaria con un perfil científico y humanístico de nuevo tipo.

La pretensión de ejecutar un cambio definitivo y de una sola vez, más aún si es impuesto desde arriba o buscando sincronizar con las exigencias exógenas del gobierno o poderes fácticos, tendrá como respuesta una resistencia razonable, aunque también irreflexiva, tanto porque una reforma im-

puesta carece de legitimidad, y porque las buenas intenciones mal canalizadas pueden bloquear un proyecto de genuina transformación institucional.

En el ámbito de su autonomía, la universidad necesita estudiarse a sí misma, entender su propia situación y dinámicas, asumirse como una comunidad, un ser colectivo, que no sólo genera conocimiento sobre la sociedad, sino también sobre sí misma; es decir, es una institución que de manera continua aprende y se ubica en el devenir histórico.

Como reza el poema de Machado: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar». En esa inteligencia, hay que habilitar proyectos concretos, realizar ensayos, emprender programas piloto y motivar la participación colectiva para que quienes participan directa o indirectamente de las comunidades universitarias sean partícipes y testigos inmediatos de que el proceso de reforma universitaria significa un curso de concientización e innovación que no está predeterminado, no es copia ni emulación de otras experiencias (si bien siempre hay que recuperar críticamente otros casos ejemplares), sino que es preciso emprender los procesos de cambio de manera conjunta y con sentido autocrítico reconocer los errores para corregir el camino. En definitiva, se trata de un proceso de aprendizaje colectivo. 🦋

